

CARTA A MI NIETO

Rafael Cortés Ch.

Mayo de 1968

Señor
Don Mauro Fernández Luján
En mi Tierra Costa Rica.

Mi querido Nieto:

Estoy muy orgulloso de tener noticias de ti, y de darme cuenta, una vez más, que no es perdido el esfuerzo realizado con buena fe. Precisamente tus noticias me llegan en el momento en que estamos reunidos muchos viejos conocidos, porque aquí también tenemos congresos y seminarios y otros tipos de reunión de esos que ahora se acostumbra. Nos han citado para discutir lo mismo que allá se discute en las reuniones de notables: El desarrollo alcanzado por nuestro Continente.

Desde luego, aquí también tenemos discusiones acaloradas, sobre todo cuando se perciben ciertos ruidos que vienen de la tierra. Aquí los hemos escuchado y me recuerdan mis aventurillas de niño por los cafetales de San Juan, allí por donde estaba el beneficio Tournon. ¡Qué animalitos aquellos que no lo dejaban a uno apoderarse de una guineas maduras! ¿Es que todavía existen allá esos pajarracos?

Pero me estoy desviando. Quería contarte de este congreso que va a resultar, según mis cuentas, verdaderamente interesante por la clase de gente que estoy viendo. La invitación es amplia, para todos los que tuvimos algún quehacer en el desarrollo y consolidación de nuestras naciones. Desde luego, los libertadores lucen espada y visten uniforme brillante. Simón Bolívar preside el grupo. A su lado están Jorge Washington y Miranda, y sigue Sucre, Santander, el cura Hidalgo. Morelos, San Martín, Páez, Benito Juárez, O'Higgins, Artigas y no ha faltado desde luego, Jefferson y como invitado de honor llegó Lafayette. Con el grupo están el corpulento

Abraham que tiene un gesto tremendamente triste y abatido, lo mismo que nuestro José Martí, el que habla a los niños tan clara y profundamente. Bolívar, como siempre, resplandece con su mirada de águila. La verdad es que todos, excepto Washington y Jefferson están tristes. Algo les preocupa. El grupo parece sorprenderse cuando ven entrar sonriente al joven Kennedy que da un abrazo a Franklin D. Roosevelt. ¿De qué irán a discutir estos egregios? Adivino que hablarán de sus patrias y de la patria de todos, ¡nuestra América! En un rincón, atento a todo, veo la figura de Augusto César Sandino que conversa con don Juanito Mora.

Hay otro grupo más numeroso. Reconozco entre ellos a don Juan Montalvo, a don José de la Luz y Caballero, a Eugenio Ma. de Hostos, Ricardo Palma, a don José Hernández que aún lleva poncho de lana de ovejas y no se ha quitado las espuelas de plata. Allí están también, rodeando a Longfellow y a Walt-Whitman con sus luengas barbas blancas, el gran Rubén Darío del habla castellana, con Asunción Silva, Gutiérrez Nájera y Amado Nervo. Junto a Asunción está sentado Edgar Allan Poe; los dos como entregados a dulces sueños. Pero hay otros más. Llegaron José Enrique Rodó y don José Vasconcelos del brazo de Ralph W., Emerson y John Dewey; en un rincón están discutiendo Herrera Reisig y Leopoldo Lugones mientras Rubén los mira con sonrisa bondadosa. Don Alberto Masferrer se acerca al grupo de Vasconcelos en el momento en que José Eustasio Rivera y Ricardo Güiraldes reparten saludos aquí y allá. Por ahí veo entre ellos, en animada charla y sonriente, a nuestro Joaquín García Monge que parece muy amigo de todos; con él están Brenes Mesén y Omar Dengo. Recorre la estancia una sombra beatífica que lleva su mano en alto en gesto de bendición. Lo reconozco, es Fray Bartolomé de las Casas que ha sido invitado para rendirle homenaje. Entre todos estos destaca, como un remanso de dulzura maternal, la fuerte figura de la sin par Gabriela. Con ella están,

encantadoras en su melancolía, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou, y la otra Juana, Sor Juana dulcísima, con su rostro de marfil encerrado en su toquilla negra.

Por mi parte, querido nieto, yo he preferido reunirme con mis viejos conocidos, don Domingo Faustino y Varela. Con nosotros están Horacio Mann y Herbert Spencer porque en verdad esos dos sajones fueron los artífices de nuestra amistad, en cierto modo los que estimularon nuestras respectivas empresas de educación. Naturalmente que hemos traído muchos papeles: mapas, estadísticas y otros documentos, con el objeto de que no nos puedan sorprender hablando a humo de pajas. En realidad somos los únicos que en esta reunión desbordamos de alegría, a pesar de que don Domingo Faustino se queja de que no encuentra en su Argentina el esplendor que había soñado para esta época, porque las grandes mayorías de su pueblo no tuvieron a tiempo una educación superior que les permitiera superar la sombría parálisis que engendró el peronismo. Varela, que es sereno y fuerte, está preocupado momentáneamente por la crisis económica de su Uruguay, pero cada vez que puede, exclama: "Orientales, yo os digo que con más alta educación vuestra patria resolverá sus problemas económicos de hoy". Por mi parte, yo pienso como Varela. El secreto de nuestro porvenir es poner alas en el hombre; poner alas en todos los hombres; elevarlos en su dignidad, hacerlos pensar; quitar de sus ojos las tapaderas de los fanatismos y hacerlos escuchar, con discernimiento, todas las voces que resuenan en los pechos de los sabios, de los santos, de los elegidos.

En el tapete y para la discusión está tu recado, querido nieto. Parece que fuerzas reaccionarias, en nombre de una libertad que no practican y de una verdad en que no creen, se empeñan en detener el progreso que iniciamos con la ley de 1885. Pero no debes preocuparte mucho. Ya sabes que no se le pueden pedir peras al olmo, así como no se le puede pedir a una piapia que cante como jilguero. Y a propósito, hago aquí un paréntesis porque don Domingo Faustino y Varela están muy intrigados con eso de las piapias y es que ellos no conocen esa clase de pajarraco. He tenido que explicarles que se trata de un animalito tan atarantado, que ni siquiera sabe hacer su nido. Inestable, saltarín y bullicioso. Chilla por sus guineas y salta para gritar más allá. Como es tan insignificante con su plumaje de curita rene-

gado, pues quiere que lo noten aunque sea sólo por su incontenible gritería. Simple manera de anunciarse en el cafetal: ¡Aquí estoy yo, aquí estoy yo!...

Pero te decía que estamos en reunión trascendental. Como están de moda las evaluaciones quieren empezar evaluando mi tarea realizada en mi Costa Rica linda. Mr. Horacio Mann y Mr. Spencer son los evaluadores. La verdad es que me siento como en el banquillo de los acusados, sobre todo porque llamaron a don José María Castro, y don Jesús Jiménez. También llegaron don Luis Anderson, Miguelito Obregón y hasta don Ricardo y don Cleto no han dejado de asomarse.

Don Domingo Faustino se puso en actitud de Juez y sin más preámbulo y con ceño adusto me preguntó: Bueno Mauro, qué es esa barbaridad que dicen que hiciste con la supresión de la Universidad de Santo Tomás que tenían en Costa Rica. Yo iba a contestar, pero don José María Castro se me adelantó y dijo: Yo creo que Mauro hizo bien. Tengo idea de que aquello no tenía nada de Santo, y de Tomás sólo le quedaba el nombre. Unos quince muchachitos bien era todo lo que allí había, pretendiendo estudiar filosofía cuando apenas podían repetir de memoria unos cuantos latines y memorizar unas pobres páginas de Esquilo sin entender su sentido. Hay algo más, dijo don José María: yo había sido muy iluso. Desde el 48, cuando proyectaba las leyes de educación gratuita, había soñado en una universidad a la que llegarían legiones de costarricenses, y en mi entusiasmo había acariciado la idea de que, al impulso de la educación común, la universidad crecería robusta por la cantidad y calidad de estudiantes. Pero todo aquello fue inefectivo. Cuando don Julián Volio y don Jesús consagraron definitivamente en su Constitución lo que habían sido mis ideales de casi medio siglo, apenas si se abría una posibilidad para los niños de las ciudades, y nada estable había para los muchachos, para los adolescentes de Costa Rica. Tanta era mi fe en la educación pública, que ingenuamente había concebido la posibilidad de construir un hermoso edificio poniendo simultáneamente el techo, los cimientos y las paredes. Y, naturalmente, fracasé.

Don Julián Volio intervino también y dijo, volviéndose a don Jesús Jiménez: Nuestro esfuerzo de 1869 se habría quedado también en la penumbra si Mauro no toma la decisión de organizar aquello. Porque, ¿con qué recursos los municipios iban a construir escuelas y a pagar maes-

tros, si todavía hoy padecen su miserable organización? Las malas copias de gobierno municipal, si nos robustecieron nuestro sentido de independencia, no nos sirvieron para impulsar la educación porque nunca hubo recursos para eso, como ahora no los hay ni para hacer alcantarillas. Era necesario reformar aquello desde su raíz, -continuó diciendo don Jesús-, y era necesario proceder con la sabiduría con que lo hizo Mauro: poner los cimientos de un vasto sistema de educación pública que fuera realmente del pueblo, para el pueblo y por el pueblo.

A don Domingo Faustino y a Varela les brillaban los ojos, se miraban uno al otro y me miraban a mí alternativamente y a Horacio Mann, que tenía a flor de labios una sonrisa picaresca. Don Domingo Faustino, impulsivo y vehemente, no soportó el silencio de un instante y un tanto colérico dijo: Majaderos! Majaderos! De veras que son como esas aves agoreras que me describió Mauro! Piapias! Piapias! Piapias! ¿Cómo se les ocurre ignorar la realidad? Ah! Si esos mequetrefes hubieran vivido en nuestras patrias por aquellos tiempos, ¿dónde habrían encontrado una lumbre para encender sus tinieblas si no nos hubiésemos preocupado primordialmente por extender por todos los confines las escuelas públicas? ¿Qué? ¿Querían esos babiecas pedantes que en vez de escuelas públicas levantásemos cuartelitos provincianos que mantuvieran los caprichos claustrales de unos geniecillos de buena vida, incubados en la universidad? No! No!. Lo primero que teníamos que hacer era abrir escuelas para dar a todos, a todos, sin distinción de clases, el sentido de la dignidad humana, el derecho a su libertad responsable, el derecho a ser hombres plenamente conscientes. ¡Se olvidan de tanta oscuridad que habíamos tenido en tres siglos de colonia!

Varela y yo hemos escuchado estremecidos a don Domingo Faustino. En mis manos tiemblan los papeles y una fotografía del Colegio de Señoritas cae al suelo. Toda la Costa Rica de entonces me llena el corazón, pero de este sueño me despierta la vigorosa palabra de Varela que

dice: Don Domingo Faustino tiene razón. No serían nuestras Patrias lo que son, si no hubiésemos escuchado con el más amplio criterio, el mensaje que recibimos en la Escuela de Horacio Mann cuando juntos la visitamos, ni habríamos sido fieles a nuestras convicciones de hombres emancipados si no realizamos en nuestras patrias la tarea que nos prometimos. Todos los que estamos aquí somos los artífices de esta América nuestra. Con la espada de Bolívar y el verbo de Martí construimos. Don Juan Montalvo hirió de muerte a todas las tiranías para que bajo amplios cielos de libertad se abriera el entendimiento de los americanos, con el libro y con la escuela. Aquí está la flor y nata de los que en América encendieron una luz y entonaron una canción. Aquí están los padres y los hijos de este Continente en gestación perpetua, en donde la escuela pública mantiene una luz y una esperanza para el porvenir de nuestras naciones. La riqueza y el bienestar vendrán cuando las masas de nuestros conciudadanos hayan escalado en las escuelas el más alto peldaño de progreso espiritual y cuando los maestros de todas las naciones, unidos en tarea nobilísima, puedan sentirse libres del ruido de las piapias y de toda soberbia esquizofrénica.

Esto dijo Varela mostrando con orgullo a los presentes sus tupidas estadísticas. Y agregó: estos insignificantes números dicen al mundo de nuestra obra en esta América nuestra. Yo digo que Mauro construyó en su patria para un porvenir grandioso, como lo hicimos Domingo Faustino y yo en las nuestras. De aquella fuente que abrimos han bebido los grandes que aquí están y beberán otras generaciones. No importa, por tanto, que sigan las piapias saltando entre los árboles y luciendo su toquilla de curita renegado. Lo importante es el porvenir, y el porvenir está en las escuelas públicas para todos, en donde seguirán formándose los hombres libres de América.

Una Luz de Aurora iluminó la reunión...

Te abraza tu abuelito

Mauro